

La ignorada lección de Purushotthama

>Francisco Morales Hoil*

Todos buscan el sentido único, mas son múltiples las versiones de una historia.

Suleiman Kanuni
(Solimán el magnífico)

1. LOS REGISTROS

Desde que se tiene memoria, los registros históricos, que deberían narrar la concatenación de hechos sucedidos en lugares precisos durante momentos específicos, resultan en la práctica representaciones elaboradas a partir de los vestigios, reales o aparentes, que concuerden con la perspectiva individual del sujeto que los refiere. No resulta extraño encontrarse entonces con al menos dos versiones de un mismo acontecimiento contrapuestas en puntos esenciales, al grado que para un observador externo resulta virtualmente imposible saber a ciencia cierta cuál de ellas se apega a la verdad. Si a la mezcla añadimos un lapso suficiente entre la narración de esas distintas versiones y una revisión histórica relativamente objetiva, ni siquiera el conocido adagio que reza

que la historia la escriben los vencedores logra esclarecer el embrollo, al ser nebulosa incluso esa última parte.

Uno de los ejemplos más llamativos sobre este tan común equívoco es, cosa curiosa, un motivo tan recurrente en la configuración de la historia universal tanto para la tradición canónica occidental como para la oriental, así como uno de los momentos cúspide de intercambio entre ambas: la interrupción del avance hacia el oriente del ejército de Alejandro Magno tras la llamada Batalla del Hydaspes.

La explicación que propone la tradición occidental sobre este tópico es la que ha prevalecido durante siglos. En esta, se considera que el emperador de Macedonia, Alejandro, llamado Magno, y conocido en la India como Sikandar-e-Azam¹ tuvo su andar motu proprio tras un examen de conciencia ante la súplica de su propio ejército. Revisemos los hechos.

En primera instancia, Alejandro, tras derrotar a los persas, atravesó el río Indo con la intención de conquistar los pueblos que encontrara a su

paso. El primero de ellos fue el reino de Taxila, cuyo líder, Ambhi, se rindió sin pelear, con la intención de apoyar a Alejandro en la conquista de sus propios enemigos naturales y ser instituido como sátrapa de la región.

Ya con el apoyo del monarca de Taxila y el de su considerable ejército, el macedonio se dirigió al normalmente pacífico país de Paura, ubicado en el Panyab occidental, entre los ríos Hydaspes y Acesines (actuales Jhelum y Chenab), cuya ciudad capital se corresponde con la actual Lahore, con el fin de someter a su rey, Purushotthama (también llamado Poros, Pururava, Parvataka o Parvatesha por las distintas fuentes en que se registra su existencia) y hacerse de una nueva conquista, ganada en batalla, en territorio desconocido.

Así pues, el ejército de Alejandro, con sus filas engrosadas por las del de Ambhi, se situó en la margen occidental del río Hydaspes, mientras que el ejército de Poros hizo plaza en la margen oriental. La batalla aconteció en los albores de la primavera del año 326 a. C., y sus

23
Cinzontle

* Egresado de la Facultad de Letras Españolas en la Universidad Veracruzana. Desde 2010 labora en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco como editor de textos científicos.

¹ En otros lugares, como es sabido, se le conoció por sus diferentes apelativos transmutados a su forma endémica: fue llamado Al-Akbar y Al-Iskandar por las tradiciones de oriente medio, así como Skandar en el idioma pashto (todos estos, derivaciones del nombre Alejandro); Alexander Mokdon y Eskandar-e Maqduni (Alejandro de Macedonia) por los hebreos y por los persas respectivamente y, también, Dhul-Quarnayn y Tre-Qarnayia (que en los idiomas persa y arameo significa, de forma correspondiente, El Bicornio y El de los dos cuernos).

pormenores pueden revisarse en algunos manuales de batalla antiguos y modernos², así como en no pocos programas televisivos documentales y páginas de Internet³.

En casi todos ellos –lo que no deja de resultar curioso– una mesnada de historiadores afirma la autenticidad del triunfo y la conquista de Alejandro en tierras indias, aunque su único sustento consista en la supuesta fundación de dos ciudades (Bucefalia o Bucéfala, edificada en honor a su caballo, muerto a resultas de las heridas en la batalla del Hydaspes, y otra, Peritas, en honor a su perro). Cabe señalar que la existencia de estas dos urbes –por lo demás, fácilmente atribuible a una fantasía– no se ha logrado comprobar por medios verosímiles, aunque algunos intentan reforzar sus teorías en vagas referencias metafóricas –la ciudad del caballo, la ciudad del perro– o, incluso, en dioses cuya tradición antecede en milenios al paso de Alejandro por la región, con nombres cuya fonética se acerca a la del hijo de Filipo II y de las que el único dato que se conserva procede de fuentes latinas (herederas de la tradición griega), como la Bibliotheca Historica, de Diodoro Sículo, la *Historiae Alexandri Magni*, de Quinto Curcio Rufo o, por supuesto, el apartado referido a Alejandro en las *Vidas paralelas* de Plutarco (que cita fuentes numerosas, incluidas las cartas del macedonio y la desaparecida obra de historiadores griegos como Potamón o Soción). No es difícil, sin embargo, suponer que estas fuentes están cargadas de falacias y verdades a medias, disfrazadas con el fin de engrandecer la memoria de un antiguo monarca (más de dos siglos habían pasado en el momento en que se escribieron estos relatos), y si bien es cierto que a toda verdad histórica cabe ha-



Detalle del mural *Las reformas*.

cer matices, al parecer, esta verdad histórica nunca fue tal, sino una elaborada mentira emitida con alevosía. El hecho de que las sucesivas crónicas occidentales las hayan reproducido no deja de causar cierta sospecha basada en el ánimo imperialista de las potencias mundiales. Más determinante es para mi propósito lo que sucede después: Plutarco cuenta que los macedonios no querían seguir con el avance sobre el territorio indio, que el ejército macedonio había perdido a miles, y que se sentía abrumado por lo numeroso y poderoso de los ejércitos que aún los esperaban en territorios desconocidos y tras cruzar un río profundo y violento:

“Al principio, de enojo y de rabia, se retiró Alejandro a su tienda y allí permanecía encerrado, diciendo que nada agradecía lo antes hecho si no pasaba el Ganges, y que miraba aquella retirada como una confesión de inferioridad y vencimiento. Mas representándole sus amigos lo que convenía y rodeando los soldados su tienda con lamentos y voces

para hacerle ruegos, condescendió por fin y levantó el campamento, habiendo recurrido para forjarse ilusiones acerca de su gloria a arbitrios necios e invenciones extrañas; porque hizo labrar armas mucho mayores y pesebres y frenos para los caballos de mucho mayor peso, y los fue dejando y esparciendo por el camino. Erigió también aras de los dioses que aún en el día de hoy veneran los reyes de los prasio, trasladándose a aquel sitio y ofreciéndoles sacrificios a la usanza griega⁴.” Estos últimos dichos y hechos parecen inverosímiles a simple vista, y resulta significativo que las fuentes grecolatinas originales los repasen de forma somera, a pesar de su trascendental importancia para los hechos posteriores, y parecen intentos vanos de justificar la salida del ejército de Alejandro de territorios indios.

2. ANECDOTARIO

Dos de las anécdotas que tratan el asunto de dicha batalla se cuentan

² El *Dictionary of Battles*, de Thomas Harbottle (Cornell, NY, 1906, con múltiples reimpressiones) se considera de gran precisión histórica, a más de lo útiles que resultan sus apoyos gráficos.

³ En cuanto a los documentales, destaca el producido por el History Channel, titulado “Alejandro Magno. Batalla del Hydaspes”; por su parte, resulta de gran interés la serie de mapas y videos de esta batalla contenidos en la aplicación web de <http://www.theartofbattle.com/>

⁴ Plutarco, *Vidas paralelas*, Porrúa, México, 1964 (con múltiples reimpressiones), p. 247.

entre las más famosas que en este lado del globo tienen como protagonista al insigne emperador macedónico.

En la primera de ellas, Alejandro, vencedor de la batalla, al reconocer el terreno, ubica al imponente rey del ejército enemigo (se cuenta que Poros tenía más de dos metros de altura) y se le acerca para preguntarle cómo desea ser tratado. La respuesta que supuestamente dio está registrada en varias fuentes documentales: “Trátame, oh, Alejandro –habría dicho Poro– como a un rey”. De este modo, sintiendo un gran respeto por el nativo del Panyab, y dando un gran ejemplo de magnanimidad, Alejandro decidió no sólo perdonarle la vida, sino mantenerlo en el gobierno de Paura como sátrapa, haciendo así de Purushothama un aliado.

En la segunda –cuya fama es sólo comparable con la de la doma de Bucéfalo o con la de sus encuentros con Diógenes de Sínope en Corinto– se narra que tras la batalla el victorioso Alejandro cae de rodillas al suelo, llorando y, al preguntar Antígono –uno de los generales que lo había acompañado en sus campañas– qué le sucedía, Alejandro habría contestado: “Lloro porque no quedan más territorios que conquistar”.

Historias lindas, sin duda, pero ¿qué tan ciertas?... De unos años a la fecha, tras nuevas revisiones históricas e historiográficas, ha surgido una firme tendencia a la que se suscriben cada vez más especialistas, que asegura que en realidad la Batalla del Hydaspes fue la primera en que Alejandro sería derrotado en el campo, tras las varias que había ya perdido en el terreno político y ante la opinión de sus súbditos, indignados por los asesinatos brutales de Ka-

lasthenese, sobrino de Aristóteles, su otrora insigne tutor; de Parmenio, uno de los generales más reconocidos por su padre; y de Cleitus, un noble macedonio a quien se contaba entre sus mejores amigos. Estos asesinatos y otras noticias de arranques de ira fueron determinantes en su configuración en la conciencia del pueblo como un hombre gobernado por su temperamento (véase en especial el artículo “Alexander, The Ordinary”, del profesor Dinesh Agrawal, del Colegio Estatal de Pensilvania⁵).

La teoría de la derrota de Alejandro, por su parte, está muy bien sustentada, pues aunque se sabe que su ejército era más numeroso, la organización de Poros, su capacidad como general y, sobre todo –a diferencia del macedonio– el no subestimar a su enemigo, así como la gran ventaja que proporcionaban el conocimiento del terreno y el uso de alrededor de doscientos elefantes de guerra (que presumiblemente eran capaces de infundir un terror profundo e insospechado a la caballería del ejército griego, por su tamaño y novedad) son elementos que cuesta mucho no tomar en cuenta.

Por si fuera poco, existe la evidencia de un tratado en que se estipula que el ejército de Paura perdonaría la vida a los soldados macedonios que se encontrasen en los territorios aledaños. No parece descabellado, por tanto, suponerlos inofensivos y dispersos, cuando no amotinados y resentidos con su líder.

Queda a juicio del lector, a pesar de todo, decantarse por alguna de las versiones con que nos ha dotado la historia (lo que en otros términos equivaldría a decir que será el lector quien otorgue a Alejandro de Macedonia una insigne victoria o una derrota dolorosa). Como fuese,

cabe imaginar cierto el siguiente diálogo, que ha sido descubierto en la representación pictórica que adorna la vasija funeral de quien se cree fue un líder religioso del Panyab hacia el año 300 a. C. en las recién desenterradas ruinas de la que acaso sea aquella famosa y perdida Bucéfala. En la estampa, Poros le habla a un Alejandro que, arrodillado frente a él, llora compungido:

“Evita ser, oh, Alejandro, como la nube de primavera, abrupta y desbocada, que llueve con intensidad y se derrama (a sí misma) hasta desaparecer. Imita en su lugar a la llovizna pertinaz y sosegada de los días de otoño, que se extienden por varios amaneceres. Si continúas como hasta ahora, temo decirlo, tu imperio tiene los días contados.”

A la sazón, Alejandro Bicornes de Macedonia tenía 30 años y llevaba diez en campaña, desde su ascensión al trono tras la muerte de su padre, Filipo II. El poderoso monarca murió sorpresivamente tres años después, en Babilonia, a miles de leguas de su tierra un 10 de junio de 323 a. C., diez días antes de la llegada del verano, enfermo de malaria o, acaso, envenenado por sus propios hombres. Su imperio, tambaleante, sostenido únicamente por su figura, que para entonces era poco más que la de un fanteoche –y que en absoluto se podía comparar con el estable dominio persa que en muchas partes había sustituido–, se repartió al poco tiempo entre varios de sus generales, hambrientos de poder⁶, que se batieron entre sí durante 20 años, lo que derivó en una falta de estabilidad sin precedentes para el otrora poderoso imperio macedonio.

⁵ <http://www.sify.com/itihaas/fullstory.php?id=13225593>, consultado por última vez en septiembre de 2011.

⁶ A saber, Seleuco, Ptolomeo, Antígono, Lisímaco y Casandro, que en lo sucesivo serían denominados ‘diádocos’, es decir, sucesores.